

CUARTA PARTE

I

No se avenía con su desamparo José Antonio de Urrea, que, desde el momento de la desaparición de la Condesa de Halma, arrebatada de su presencia en carromato, y no de fuego, vivía sumergido en un mar de tristeza, sin más entretenimiento que medir con ojos lánguidos la extensión de la soledad cortesana que le rodeaba. Madrid, con todo su bullicio, y los mil encantos de la vida social, habían venido á ser para él una estepa, en cuya aridez ninguna flor, ni la del bien ni la del mal, podía coger para su consuelo. Pasaba el día tumbado en un sofá, rumiando sus amargos hastíos de la lectura, del trabajo, de la meditación misma. Por las noches se lanzaba fuera de casa, buscando en un volti-
jear inquieto por calles y plazas el alivio de su melancolía. No volvió á poner los pies ni de día ni de noche en las casas de sus parientes, hacia los cuales sentía un despego muy próximo al horror. Sus amigos íntimos de otros tiempos,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. José Montorrey, México

compañeros de desorden, se le habían hecho tan antipáticos, que de ellos huía como del cólera. De amistades de otro sexo, no se diga: éranle, más que antipáticas, odiosas. Con todo, una noche fué tan hondo su tedio, y tan vivo su afán de encontrar algo en que su alma se esparciera, que se dejó tentar del demonio de sus recuerdos. Pudo creer un momento que refrescando pasadas amistades se consolaría; pero no hizo más que llegar á las puertas del vicio, y retrocedió sobresaltado. Las tentaciones no hacían más que soliviantarle la imaginación; pero sin poder debelar la fortaleza de su voluntad.

Otro aspecto singularísimo del estado de su espíritu, era que todas las personas que conocía se habían transformado en su criterio social así como en sus afectos. El primo Feramor no era más que un figurón, una inteligencia secundaria, petrificada en las fórmulas del positivismo, y barnizada con la cortesía inglesa; Consuelo y María Ignacia dos fantochonas, en las cuales se encontraba la comadre vulgarísima, á poco que se rascara la delgada costra aristocrática que las cubría; mujeres sin fe, sin calor moral, ignorantes de todo lo grave y serio, instruidas tan sólo en frivolidades que las conducirían al desorden, al vicio mismo, si no las atara el miedo social, y las posiciones de sus respectivos maridos; la Marquesa de San Salomó una cursi por

todo lo alto, queriendo hacer grandes papeles con mediana fortuna, echándose las de mujer superior porque merodeaba frases en novelas francesas, y tenía en su tertulia media docena de señores entre políticos y literarios que poseían cierto gracejo para hablar mal del prójimo; Zárate, un sabio cargante que coleccionaba nombres de autores extranjeros y títulos de obras científicas, como los chicos coleccionan sellos ó cajas de fósforos; Jacinto Villalonga un político corrompido, de esos que envenenan cuanto tocan, y hacen de la Administración una merienda de blancos y negros; Severiano Rodríguez otro que tal, mal revestido de una dignidad hipócrita; el general Morla un Diógenes cuyo tonel era el casino; el Marqués de Casa-Muñoz un ganso, digno de morar en los estanques del Retiro; y por este estilo todos cuantos en otro tiempo le movían á envidia ó estimación, se degradaban á sus ojos hasta el punto de que él, José Antonio de Urrea, mirado con menosprecio y lástima, se conceptuaba ya superior á todos ellos. Para él toda la humanidad se condensaba en una sola persona, la celestial Catalina de Halma, resumen de cuanto bueno existe en nuestra Naturaleza, excluido absolutamente lo malo; con la ausencia, que la misma señora le impuso como última etapa del procedimiento educativo, tomaba en el alma del discípulo pro-

porciones colosales la figura moral y religiosa de su maestra, y la veneración que hacia ella sentía iba rayando en delirio. Sus insomnios eran martirio y consuelo, porque en la soledad de la noche, el excitado cerebro sabía engañar la realidad, oyendo la propia voz de Halma, y viendo entre vagas claridades la figura misma de la noble dama. «Voy á concluir loco perdido»—se dijo una mañana, y diciéndolo tomó la temeraria determinación que había de poner fin á su soledad. No se detuvo á pensarlo más, para no arrepentirse, y en el breve espacio de algunas horas vendió sus trebejos de zincografía y heliograbado, traspasó la casa, arregló un breve equipaje, y liquidadas varias cuentas pendientes, salió á tomar informes del coche de Aranda. «No puedo más, no puedo más—decía corriendo de calle en calle.—La desobedezco; pero ya me perdonará, si quiere. Y si no, arrostro su enojo. Todo antes que este vacío en que me muero.»

El coche de Aranda había salido ya cuando él llegó á la administración, y no queriendo esperar veinticuatro horas más para lanzarse fuera de Madrid, que había llegado á ser su Purgatorio, tomó billete en un coche que al amanecer salía para Torrelaguna. Impaciente por partir, la noche se le hizo larguísima. Una hora antes de la salida, ya estaba en la administra-

ción, temeroso de que el coche se le escapara. Lo que hizo éste fué retardar media hora la salida, pero al fin, gracias á Dios, vióse el hombre en la delantera, junto al mayoral, y las casas de Madrid se iban quedando atrás, ¡oh alegría! y atrás se quedaron los depósitos del Lozoya, y las casetas de los vigilantes de Consumos en Cuatro Caminos, y Tetuán; y después todo era campo, la estepa del Norte de Madrid, á trechos esmaltada de un verde risueño, gala de los primeros días de Abril, y limitada por el grandioso panorama de la sierra. El corazón se le ensanchaba, el aire asoleado y puro llenábale de vida los pulmones. Desde su infancia no se había visto tan contento, ni gozado de una tan feliz y espléndida mañana. Se sentía niño, cantaba á dúo con el mayoral, y lo único que de rato en rato obscurecía el sol de su dicha era el temor de que Halma se enfadase por su desobediencia.

Y en verdad que los Hados, ó hablando cristianamente, la Providencia Divina, no le favorecieron en aquel viaje, sin duda en castigo de su indisciplina, porque antes de llegar á Alcobendas, una de las caballerías (dicen las historias que fué *la Gallarda*) dió á conocer su inquebrantable resolución de no seguir tirando del coche, por piques sin duda y rozamientos con el mayoral. Y ni los furibundos argumentos

que en forma de palos éste le aplicaba, la convencían del perjuicio que su obstinación causaba á los viajeros. En ésta y otras cosas, la parada en Alcobendas, que debía ser breve, duró una horita larga, resultando después que el jamelgo con que fué sustituida *la Gallarda*, cojeaba horrorosamente. Urrea contaba llegar á San Agustín al medio día, y á las dos, todavía faltaba largo trecho. Pero lo peor fué que como á un tiro de fusil más allá de Fuente el Fresno, una de las ruedas dijo con estallido formidable que primero la hacían astillas que dar una vuelta más, y ved aquí á todos los viajeros en pie, sin saber si quedarse allí, ó volver al pueblo por donde acababan de pasar. Urrea no vaciló un momento, y encargando su maleta al mayoral para que la entregase en San Agustín, echó á andar resueltamente para esta villa. Á buen paso, llegaría al caer de la tarde, y no había de ser tan desgraciado que no encontrara allí una caballería que le llevase á Pedralba.

Anduvo con sostenido paso y sin sentir fatiga, y cuando conceptuaba haber andado más de una legua preguntó á un hombre que iba en la misma dirección, en un borriquillo: «Buen amigo, ¿estoy muy lejos de San Agustín?»

—Como una media horica.

—¿Encontraré allí una caballería para ir á Pedralba?

—¿A Pedralba, señor... á la casa de los locos?

—¡De los locos!

—Nada, es un decir. Así la llamamos, desde que está allí esa señora que ha traído no sé cuántos orates para ponerles en cura.

—Doña Catalina, Condesa de Halma, á quien todo el país respetará y venerará como una santa.

—Dígole, señor, que mejorando lo presente, así es. ¿Sabe lo que se cuenta en el pueblo?

—¿Qué, hombre, qué?

—Que la doña Catalina es reina, sí señor, una reina ó emperadora de los extranjis de allá muy lejos, y que hubo una rigolución por donde la echaron del trono, y el Papa Santísimo la mandó acá en son de penitencia. Eso dicen: yo no sé.

—Patrañas. Pero en fin, ¿podré ir á caballo á Pedralba?

—Como decírselo á lo seguro, no puedo, señor. Llegará y verálo. Para caballerías, el cura.

—Don Remigio Díaz, ¿no es eso? Le conozco de nombre, y por la fama de su mérito. ¿Y el señor párroco podría facilitarme...?

—Como tenerlo, lo tiene: jaca, y por más señas, una burra hermana de éste... Y si el señor va cansado y quiere montarse un poco...»

Sin esperar respuesta, el bondadoso campesino se desmontó, ofreciendo su rucio al caballero. No vaciló Urrea en aceptarlo, más que

por cansancio, por no desairar tan gallarda atención. Llevando su cabalgadura al paso del dueño de ella, siguió José Antonio pidiéndole informes de los habitantes de Pedralba.

«Y esa que ustedes creen reina, vendría en una carroza magnífica, escoltada de lacayos y servidores.»

—No señor... ¡Qué risa! Vino en carromato. Parece que ha hecho voto de vivir á lo pobre mientras no le devuelvan el reino que le quitaron. Primero llegó el carromato con muebles, baúles de ropa fina, y cosas para el lavatorio de las señoras principales. Un espejo trajeron de más de una vara, y otros muchos arrequisitos de palacios reales. Después volvió el carro trayendo á la señora, vestidita de negro, como la Virgen de la Soledad.

—Y esos locos que aloja consigo llegaron antes, según creo.

—Sí señor. Los trajo Cecilio, y por ahí andan sueltos. Dicen que uno es cura trajinante, y otro el primer músico de la capilla de los palacios mostrencos de Ingalaterra. De una de las mujeres se dice que es loca médica, y que cura todas las enfermedades de flato con sólo mirar, y la otra parece que es la mejor mano para salar guarros que la señora tenía en su reino.

—Vaya—dijo Urrea parando y descendiendo del borrico.—Ya he descansado. Muchas gra-

cias, y vuelva usted á montarse, que si no me equivoco, ya estamos cerca, y aquellas casas que allí se ven son las primeras del pueblo.

—A fe que sí. Ya llegamos—dijo el labriego, mirando hacia un grupo de gente que por entre unos árboles, á mano derecha del camino real, á éste se aproximaba.—Señor, señor... ahí tiene á don Remigio, nuestro peine de cura... digo peine porque sabe más que Merlín. Véalo: viene hacia acá, y le mira á usted mucho.»

Urrea vió que hacia él se llegaba, destacándose presuroso del grupo, un clérigo joven, vivaracho, con el balandrán colgado de los hombros, gorro de terciopelo negro, bastón nudoso. Descubrióse el madrileño para saludarle, y el curita le preguntó con extraordinaria viveza si era don José Antonio de Urrea.

«Servidor de usted, señor cura.

—¡Alto! Dése usted preso—dijo el párroco en un tono que reunía el humorismo y la buena crianza.—Nada, nada, que se viene usted conmigo á la prevención, señor de Urrea, donde le tengo apercebida una modesta cama para que descansen, cena frugal, y una yegua para que le lleve á Pedralba.

—Señor cura, ¡cuánta bondad! Pero permítame usted que me asombre de esa previsión que parece sobrenatural. Yo no he anunciado mi viaje..

—Pero lo que usted no anuncia, porque se ha venido acá como un colegial escapado, otros lo adivinan.

—No entiendo.

—La señora Condesa me dijo ayer: «He dejado en Madrid á un loquinario de primo mío, con órdenes terminantes de no moverse de allí, para que no desatienda las obligaciones que le he impuesto. Pero le conozco y se cansará, y querrá venir á verme, con pretexto de recibir nuevas órdenes. De hoy ó mañana no pasa. Cuando recale por San Agustín, señor don Remigio, hágame el favor de atenderle, darle hospitalidad si llega de noche, y facilitarle una modesta caballería para que venga á Pedralba.»

—Estoy encantado, señor cura—dijo Urrea loco de alegría.—Esto parece un sueño, un cuento de hadas... y usted el genio protector, y yo... no sé qué parezco yo, el más feliz de los hombres... y en este momento el más agradecido de los viajeros.»

II

Dirigiéronse hacia la casa rectoral, escoltados por los que de paseo venían con don Remigio, y éste hizo el gasto de conversación por el camino, dedicando un sentido recuerdo á la memoria del santo don Manuel Flórez, y condolien-

dose de lo triste y solo que con tal desgracia se habría quedado el tío Modesto. En la puerta se despidieron afectuosamente los acompañantes, y don Remigio y su improvisado amigo entraron.

«¡Valeriana, Valeriana!—gritó el curita desde la puerta, y habiendo comparecido una mujer gruesa y tan entrada en años como en carnes, le dijo:—Éste es el caballero que esperábamos, ó que creíamos ver llegar de Madrid hoy, mañana ó pasado. Cenaremos pronto, Valeriana, que el señor, diga lo que quiera, trae un apetito muy regular. ¿Verdad que sí?»

Dió las gracias Urrea cortésmente, añadiendo con cierta timidez que su deseo era llegar pronto á Pedralba...

«Tenga usted calma... y váyase convenciendo de que está secuestrado—le dijo el clérigo con ese humorismo hospitalario que suelen emplear los ricos de pueblo.—¿Creía usted que yo le iba á soltar tan pronto? Está fresco el señor de Urrea. Mire usted: ya es de noche, y no tenemos luna; el camino de aquí á Pedralba es muy malo para ir á pie, y á caballo no puede ser, porque hoy el chico del alcalde me llevó la jaca á Torrelaguna, y ésta es la hora que no ha vuelto. Con que resignese, y mañana con la fresca saldrá usted, acompañado de *este cura*, que también tiene que visitar á la señora Condesa.»

¿Qué remedio tenía el impaciente viajero

más que conformarse con la voluntad de Dios, representado en aquella ocasión por el bondadoso y vivaracho don Remigio? Entraron en una sala espaciosa, lugareña, clerical, de paredes blancas, descubiertas las añosas vigas del techo, limpia, oliendo á iglesia y á pajar, con diversos objetos religiosos de adorno, enfundados en tul color de rosa para defenderlos de las moscas. Trajo una lámpara la niña del ama, pues era ya casi de noche, y don Remigio hizo sentar á su huésped en el largo sofá de Vitoria con colchoneteta de percal rojo rameado, ocupando él un sillón verde, cubierto en brazos y respaldo por estrellas de *crochet*. Frente á frente los dos, pudo Urrea observar la fisonomía del buen curita, el cual era hombre como de treinta y cinco años, de poquísimas carnes, mediana estatura, con la cabeza y manos siempre en movimiento, pues no hablaba con ellos menos que con la voz. En su rostro descollaba una nariz pequeña, picuda y roja, en cuyo caballete se apoyaba malamente la montura de las gafas, y quedando entre éstas y los ojos mayor espacio del conveniente, tan pronto bajaba el hombre la cabeza para mirar por encima de los vidrios, como la alzaba para mirar por ellos. La pequeñez de la nariz le obligaba á llevarse la mano á las gafas tres ó cuatro veces por minuto, no porque se cayeran, sino porque entre mano, nariz y an-

teojos había esta instintiva señal de inteligencia. Todo el rostro era un poquito encendido de color, y las orejas más, y su mirada revelaba agudeza, penetración, y un natural bondadoso y tolerante. Urrea encontró en don Remigio extraordinaria semejanza, salva la edad, con la fisonomía expresiva, inolvidable, de don Juan Eugenio Hartzenbusch. Y en el curso de la conversación, entrando ya en confianza, se aventuró á decírselo. Echóse á reír don Remigio, y le contestó: «Otros han hecho la misma observación. Indudablemente me parezco al ilustre poeta, al gran erudito y académico, honra y prez de las letras españolas. Es un triste honor para mí, porque el parecido del rostro patentiza más la desemejanza intelectual entre hombres de tan relevante mérito y esta modestísima personalidad.

—¡Oh! no se achique usted, amigo mío—le dijo Urrea, saliendo al encuentro de aquella modestia, un poquito afectada.—Ya sabemos, ya sabemos lo que usted vale...

—¡Por Dios, señor de Urrea!... Y aunque algo valiera un hombre, más por el estudio que por dotes naturales, ¿de qué le sirve en este rincón del mundo, en este destierro...?»

Con la presteza del pájaro que salta de un palito á otro en la estrechez de su jaula, saltaba don Remigio de un asunto á otro en la conver-

sación. «¿Pero no sabe, señor de Urrea?—dijo levantándose del sillón para sentarse en el sofá.—¿No sabe á quién tengo de huésped desde hace dos días? ¡Qué sorpresa le voy á dar! ¿No advina?»

—No señor.

—Pues al mismísimo padre Nazarín.»

Urrea saltó de su asiento, y lo mismo hizo don Remigio, que al levantarse, impuso silencio á su huésped, diciéndole en voz baja: «Vamos á verle y observarle sin que él se entere. Venga usted conmigo.»

Llevóle por un pasillo de recodos, al extremo del cual había una puerta de cuarterones, pequeña y fuerte. La claridad de la cocina, que en uno de los huecos de la izquierda se denunciaba con picantes olores, permitía recorrer sin tropiezo aquella parte de la casa, que por su irregularidad era un modelo de arquitectura villanesca. Antes de llegar á la puerta, que á Urrea le pareció desde el primer momento misteriosa, don Remigio secreteó algunas explicaciones en el oído de su huésped. «En este cuarto, que mi antecesor destinó á la cría de palomas, he instalado yo mi modestísima biblioteca. Aquí tengo á mi hombre. Por esta mirilla, que hay en la tabla, fijese bien, como del vuelo de un duro, puede usted verle...»

El débil rayo de luz que salía por la mirilla

guió á José Antonio, que, aplicando los ojos, vió una estancia, cuya capacidad no pudo apreciar, y en el centro de ella, junto á una mesa, frente á la puerta sentado, un hombre... La luz de un candilón de dos mecheros, de los que ya son arqueológicos, le iluminaba la cara, que al pronto el observador no reconoció. Era un clérigo, vestido exactamente como don Remigio, con gorro de terciopelo y sotana. Hojeaba un grueso librote, y después de fijar su atención y su dedo índice en una página, escribía rápidamente en cuartillas colocadas sobre el mismo libro.

«Pero no es...»—murmuró el forastero apartando su rostro de la mirilla.

Díjole el cura que se fijase bien, y en efecto, después de mucho mirar, José Antonio reconoció y diputó al clérigo de la biblioteca por el padre Nazarín en persona.

Cogiéndole de un brazo, don Remigio volvió á conducir á su huésped á la sala, para poder hablar con libertad, y antes de llegar á ella le dijo:

«Claro, ha tardado usted en reconocerle, porque se lo figuraba como le conoció en Madrid, con barba, y el traje de mendigo seglar. Así nos le trajo aquí doña Catalina. Con franqueza, yo tenía curiosidad vivísima de ver á este hombre, porque conozco el libro que de

sus inauditas aventuras cristianas anda por ahí, he leído también en la prensa mil informaciones acerca del proceso, y así, en cuanto supe que había llegado el tal, me planté en Pedralba con mi amigo Láinez, el médico del pueblo. ¡Figúrese usted nuestro asombro, señor de Urrea, cuando le hablamos, y advertimos en él discernimiento claro, serenidad pasmosa, y una mansedumbre evangélica, de la cual creo que no hay otro ejemplo! Claro que á pesar de estas señales, la locura existe. Algo tiene el agua cuando la bendicen, y por algo los señores facultativos y la Audiencia le han declarado irresponsable de las extravagancias que constan en el proceso. Pero á pesar de todo, señor de Urrea, este hombre ha llegado á interesarme, le he tomado cariño en los pocos días que ha que nos tratamos, y... qué sé yo, no le tengo por cosa perdida, ni mucho menos. La piedad angelical de la señora Condesa y nuestra modesta cooperación, triunfarán de la malicia que se ha infiltrado invisible en el cerebro de este buen señor, y le devolveremos sano y equilibrado á la Iglesia militante, en la cual, ó mucho me engaño, ó puede ser un elemento, sí señor, un elemento de grandísima valía.

—Pero esta transformación...

—Á eso voy. Con mil artificios traté yo, en mis primeras visitas á Pedralba, de despertar

en él la soberbia, y no lo pude conseguir, no señor. Creíamos todos que se quejaría de los que en una ú otra forma le han traído á mal traer de algunos meses acá. Nada de eso. Ni contra la curia, ni contra la prensa, ni contra nadie ha pronunciado la más leve recriminación, ni tiene por cruel ó injusto lo que con él se ha hecho. Esto es muy raro, ¿verdad? Láinez me decía: «Es muy extraño que no observemos en él ni el menor destello de delirio persecutorio, que es uno de los síntomas primordiales...» Si delirio es el amar sin restricción alguna, y ponderar y encarecer como mercedes los ultrajes que ha recibido, ahí puede estar el principio de la desorganización cerebral. Le digo á usted que este caso nos tiene pasmados.

—Realmente...

—Pues verá usted. Por buscarle las vueltas, le digo: «Padre Nazarín, gran violencia será para usted no poder salir ahora descalzo y harapiento por los caminos.» Contestación: «Para mí, señor don Remigio, no es violencia ningún estado que se me imponga por quien debe y puede hacerlo. Pedí limosna cuando creí que debía vivir como los más desdichados y menesterosos. Dios, en mi corazón, me ordenaba hacerlo así, y ninguna ley humana me lo prohibía. Pero al mismo tiempo que la pobreza, ó antes quizás, Dios me ordena la obediencia. Yo vagaba en

libertad. La ley humana me cortó el paso, y me mandó que la siguiera. Obedecí. Sometí sin réplica á cuanto de mí quisieron hacer. Contesté con verdad á cuanto me preguntaron. Conforme me hallaba de antemano con la sentencia que contra mí se pronunciara, fuera la que fuese. Determinaron que soy un enfermo. Diéronme á escoger, para mi reposo, entre un asilo y la morada patriarcal y campestre de la señora Condesa de Halma, y preferí esto. Aquí me tienen dispuesto, hoy como ayer, á la suma obediencia. La señora doña Catalina, y usted, señor cura, por delegación de la ley eclesiástica, que ahora sustituye á la civil en mi castigo, enmienda ó curación, pues de todo habrá en ello, son los dueños de mis acciones y de mi vida. No soy libre, ni quiero serlo, si los que saben más que yo deciden que no debe dárseme libertad.»

—Es extraño, sí...

—Pues verá usted. Digo yo: «Amigo Nazarín, si la señora Condesa lo consiente, ¿se decide usted á venirse conmigo unos días á mi modesta casa de San Agustín?» Contestación: «Yo no decido nada. Voy á donde me lleven.»

—Como el loro del cuento.

—Exactamente. Con licencia de la señora, me le traje aquí, y por el camino se me ocurrió tantearle en teología. Un asombro, señor de Urrea. Se expresa con sencillez, sin énfasis doc-

toral ni literario, y tan fuerte está el hombre, que por más que quise no pude cogerle en tanto así de falsedad lógica ó deslíz herético. En sus opiniones, ni el menor asomo de demencia, mi señor de Urrea, de donde yo deduzco, y en ello conviene conmigo el amigo Láinez, que el desvarío, si existe, no radica en la parte de los espacios cerebrales que sirve como de vehículo á las ideas, sino en aquella otra por donde pasa todo este torrente de las acciones, de la conducta, señor de Urrea. ¿Es esto claro?

—Sí. Pero la transformación personal...

—A eso voy.

(El ama anunció que estaba dispuesta la cena.)

«Ya vamos. Pues cuando llegó aquí, le digo: «Si es verdad que yo mando y usted obedece, amigo Nazarín, ahora mismo se va usted á afeitarse, y á vestirse con mi ropa.» Pues tan conforme. Yo mismo le afeité. Fué una risa... Y mi modesta ropa y mi calzado, señor de Urrea, le vienen como hechos á la medida. Cuando se lo ponía, le digo: «¡Cómo extrañará usted la sujeción de esta ropa civilizada, hecho ya el cuerpo á su pergenio salvaje, y bíblico, según los periodistas!» ¡Vaya que llamar bíblico...! ¿Pues qué cree usted que me contestó?

—(Señor cura—vino á decir el ama,—que la cena se enfriaba.)

—Contestaría que el hábito no hace al monje.

—Vamos al instante... Y que él no ha fijado nunca la atención en las diferencias entre éstos y los otros vestidos. Dijo más... Señor de Urrea, pasemos á mi modesto comedor... Palabras textuales: «El vestido que usted llama salvaje, señor don Remigio, no lo tenía yo por indecoroso en mi vida errante y entre gente pobrísima. Pero esto no quiere decir que lo prefiera yo sistemáticamente á todos los demás estilos y maneras de cubrir el cuerpo, porque sería afectación, y la afectación, gracias á Dios, no cabe en mí.»

—Lo mismo nos dijo un día en el Hospital, cuando los periodistas y otras muchas personas que íbamos á verle, nos permitíamos interrogarle... Palabras textuales: «Vean en mí cuanto quieran, señores míos; pero la afectación, por más que miren, no la verán jamás.»

III

Avisado Nazarín para la cena, ocupó su asiento á la izquierda del buen don Remigio, después de saludar á Urrea con las fórmulas corrientes de cortesía, sin extremos de urbanidad, sin alegría ni pena de verle. Diríase que su presencia no le causaba la menor sorpresa, bien porque de nada se sorprendía, bien porque hu-

biera previsto la visita del protegido á su protectora. Bendijo el cura la cena, y la emprendieron los tres con las sopas de ajo, que eran de mucha fuerza condimentaria, crasas, picantes y espesas. No hablaba Nazarín sino para responder á lo que le preguntaban, y don Remigio ponía toda la amenidad posible en su palabra fácil. Las sopas precedieron á dos platos substanciosos, de ave el uno, el otro de carnero, todo bien cargadito de especias odoríferas, succulento, muy hecho. El vino sabía horrorosamente á pez. El olor de paja quemada, difundido por toda la vivienda, parecía consubstancial con el de la comida, y á Urrea no le desagradaba sentirlo y mascararlo. No era la casa sola; el pueblo y el país entero despedían aquel olor, que el forastero creía llevar ya dentro de sí.

«Para que el amigo don Nazario no esté ocioso—dijo entre otras cosas don Remigio,—le propuse hacerme un extracto del sapientísimo libro del maestro Fray Hernando de Zárate, *Discursos de la paciencia cristiana*. La obra consta de ocho Libros, cada uno de los cuales contiene lo menos una docena de Discursos, todos sobre el mismo tema. Ha de leérselos de cabo á rabo, anotando el sentido particular y explicaciones de cada uno en sendas cuartillas de papel. Pues tan aplicado le tiene usted, señor de Urrea, que en tres días se ha echado al cuerpo unos cua-